

José María García Escudero, un perfil poliédrico

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Director

La Ciencia —sea cual sea su adjetivo calificativo y su genética particular— es un producto de la actividad intelectual del hombre, cuya meta perentoria es el conocimiento de la realidad. El conocimiento es el resultado de una reflexión sobre una concreta parcela de la realidad. Insisto; no importa cual sea esa parcela de la realidad, lo decisivo es que se trate de una tarea intelectual crítica, sin ninguna incidencia ideológica, que fuese capaz de conturbar la objetividad de aquello sobre lo que se reflexiona, cuyo resultado sea transmisible a otras generaciones.

Es propósito de ésta Revista traer a sus páginas personas de reconocida solvencia en cualquiera de esos campos de actividad intelectual, para, a través de su *perfil*, destacar aquellas virtudes "dianoéticas" que otorgan carácter a la conducta científica: inteligencia, sabiduría, prudencia. El perfil que proponemos debe referirse a personas que lleven a cabo un trabajo intelectual de especial relevancia, para tratar de encontrar, en su perfil, cuales puedan ser los accesos al conocimiento de esas virtudes en el campo de la creación científica.

En el caso presente la dificultad es considerable porque hemos elegido el perfilamiento de un ilustre historiador, José María García Escudero, que no tiene un sólo perfil, sino siete, es decir, un perfil poliédrico. El mismo en sus admirables memorias *Mis siete vidas* (1996), se refiere a esa urdimbre policéntrica, constitutiva de su dimensión vital. Relata cada uno de los sectores que constituye el conjunto, en una proyección autobiográfica, que casi abarca un siglo de la historia contemporánea de España. Es decir, el perfil de García Escudero se constituye mediante una serie de parámetros o funciones, que nos revelan al hombre. En instancia dinámica, de extraordinaria riqueza constitutiva, nos pone en presencia del jurídico-militar, el político-cultural, del hombre profundamente católico, del periodista, del historiador y, como eje de todas estas facetas, ofrece la brillante estrella de su vida íntima familiar. Esas facetas constituyen una metafísica del espejo, donde se refleja una vida rica e intensa, a través de situaciones históricas de gran riqueza de contenido y avaladas por una capacidad de observación poco común, con el valor de exponer estas vivencias testimoniales, como expresión de convicciones morales absolutamente ejemplares.

Quiero referirme en éste perfil a su condición de historiador, que es, para mí, acaso como deformación de lo que soy, lo más importante y decisivo de todas las "vidas" de José María García Escudero, madrileño de 1916, Doctor en Derecho, Licenciado en Ciencias Políticas, Letrado de las Cortes, Notario, General Jurídico del Aire, periodista e ilustre profesor universitario. La Historia es hoy lo más alejado de las Crónicas medievales y de la modernidad o de aquellos planteamientos positivistas, que dejaban entrever las preferencias políticas de los "historiadores" por sus ataques o ditirambos, según conviniese, a las figuras que se alineaban en sus repertorios particulares. Es que se confundía la historia con la literatura, la historia con la estética o la historia con la filosofía. No se había alcanzado la idea de que la historia-realidad es, simplemente historia y que el historiador debe cumplir las tres reglas fundamentales del oficio: investigar, comprender, comunicar, que se corresponden con las tres virtudes dianoéticas señaladas por Aristóteles: inteligencia, sabiduría y prudencia. Es decir, el camino metodológico para alcanzar al máximo nivel en ese objetivo de la Historia, que es la comprensión de la realidad.

En los comienzos del siglo XX ya apuntaban intentos de superar el modelo empírico-positivista o el historicismo germánico derivado del Romanticismo, con su intento de describir lo "único e irrepetible". Apuntaban serias dudas acerca de la viabilidad del método empírico-positivista. La fría metodología del gran maestro Leopold Ranke, fue puesta en tela de juicio, simultáneamente por el suizo Jacobo Burckhardt y por el político e historiador español Antonio Cánovas del Castillo. Y es que el campo histórico se ampliaba considerablemente saliendo del hecho para incrementar los territorios del historiador desde la Biología (Darwin), la Sociología (Durkheim, Max Weber), la Filosofía (Dilthey), la Geografía (H. Berr) o la doctrina marxista que tanto influyó en la historia económica y en la historia social tras al "crash" de 1929 que sumió al mundo entero en una depresión que perduró hasta la segunda guerra mundial.

Precisamente en 1950, el Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París, supuso el final del imperio de la Historiografía retórica-positivista, para iniciar una nueva dimensión del oficio de historiador, así como de los nuevos métodos que ampliaba los campos de trabajo, renovando los conceptos fundamentales sobre los cuales se desarrolla la Historia. Se inauguraba esa fecunda novedad que es la interdisciplinariedad, apuntando hacia los conjuntos y la historia global —que no tiene nada que ver con el concepto norteamericano de globalismo— en que se reciben aportes de todos los territorios pertenecientes a las ciencias humanas y sociales, en que se reciben aportes de todas las historias sectoriales, prácticamente infinitas y con vida metodológica propia; surgen también escuelas históricas nacionales. En España no se consigue emerger fácilmente del "impasse" positivista; ni se consigue alcanzar la mínima posibilidad constitutiva de equipos interdisciplinarios. La fuerza del individualismo hispánico, triunfa netamente sobre cualquier intento de escuela. Grandes historiadores, pero escasos grupos que pudiesen ser vía para una escuela histórica española, por otra parte,

olímpicamente ignoradas por los núcleos mucho más coherentes y siguiendo un programa nacional de las escuelas europeas.

Rastreando las raíces históricas del acontecer de la agitada vida política española contemporánea, podríamos enumerar muchas razones. España, en principio, no era una, sino dos, disminuidas, además, por la disidencia, el choque frontal de la guerra civil, los nacionalismos periféricos, las doctrinas derivadas de los planteamientos políticos y las estrategias ideológicas de grupos nacionales, que nada tenían que ver con la realidad española, ni tampoco con las interpretaciones sesgadas, interesadas en abrir fosos irreconciliables con el hecho de la guerra civil y la pervivencia de las dos Españas.

Callada y denodadamente José María García Escudero trabajaba en su obra fundamental *Historia política de las dos Españas*, cuyo origen radicaba en su libro en 1951 *De Cánovas a la República*, que se negó a reeditar en 1962, por un problema de conciencia, que viene a definir de modo terminante a éste eminente especialista en Historia contemporánea de España, específicamente, de su historia política: "el libro había dejado de reflejar lo que yo pensaba". La *Historia política de las dos Españas*, libro clave –si aceptamos que el complejo tejido histórico español contemporáneo pueda tener claves– está motivado por un ambiente historiológico prevaleciente en los años sesenta, constituido principalmente por historiadores militares –entre otros, Ramón y Jesús Salas Larrazábal, José María Gárate Córdoba, Rafael Casas de la Vega, José Manuel Martínez Bande– que, con algunos historiadores profesionales, asentaron un testimonio extraordinariamente importante de conciliación, tal como se expresa en la *Historia de la guerra civil*, publicada en fascículos (1966), con un título muy expresivo: "No apta para irreconciliables". Este espíritu de conciliación puede apreciarse también, coetáneamente, en novelas y películas, aparecidas simultáneamente. El grupo de historiadores, anteriormente citados, eran conscientes, en todo caso, de un principio básico expuesto por Ramón Salas Larrazábal: "toda contribución sustancial al esclarecimiento de la verdad histórica (relativa al hecho radical de la guerra civil) ha tenido y tiene su nacimiento en España". Sería llamada de atención a las interpretaciones de aquel acontecimiento, ofrecidas en diversas obras, consideradas históricas, cuando más bien son panfletos escritos por "historiadores" tan alejados de la realidad, como profundamente opacados en su inteligencia por las nieblas ideológicas.

Este ambiente fue el que decidió a José María García Escudero a escribir su *Historia política de las dos Españas*. Siete años de trabajo ímprobo, con una bibliografía exhaustiva procedentes de los dos bandos en pugna, la obra supuso un esfuerzo de investigación y síntesis formidable. Un notabilísimo esfuerzo de comprensión que, indiscutiblemente, sitúa a García Escudero a la cabeza de la Historiografía española.

Un análisis metódico de la realidad para alcanzar lo que Harles Morazé llama la lógica de la historia, conducida hasta la creación historiográfica. Nada más difícil que

comprender al otro. García Escudero lo resuelve mediante el difícilísimo ejercicio de "descenso al yo", en aquellos personajes que estudia y cuyas reacciones, comportamientos, dudas y afirmaciones considera fundamentales para comprender, desde dentro, las razones del "ser" y del "estar" en el escenario histórico.

El libro, colosal, no sólo en volumen (cuatro tomos), apareció en la Feria del Libro de junio de 1975 es, sobre todo, colosal en calidad histórico, en observaciones críticas acerca de la realidad política de ambos sectores en pugna, aunque convergentes en los hechos que configuran la realidad, fue un éxito y una fuerte sacudida a la conciencia nacional. Al profundizar en el conflicto que describía, con sin igual pericia, enorme riqueza de datos, siempre con una considerable dosis de la prudencia del sabio, García Escudero exponía con datos, su propia convicción que el conflicto de las dos Españas estaba insito en la propia personalidad de cada español y que sólo superándolo, desarraigándolo, podría aspirarse aquel considerable trauma con carácter colectivo. Surge, incontenible, la razón del predominio de lo individual sobre lo comunitario, aunque España y los españoles son los creadores del *comunitarismo* —una de las fuerzas históricas más importantes de Occidente— del que tantas innovaciones históricas han surgido.

Esta conclusión la alcanza García Escudero con un diagnóstico de futuro, expresado en dos palabras: escepticismo esperanzado. Gran historiador, que comprende que el presente es efímero, es un *ahora* que pasa instantáneamente. Se puede ser escéptico hacia el pasado y esperanzado respecto al futuro. Este diagnóstico es de un gran historiador, que sabe que la historia es dialéctica entre "permanencia" y "cambio", entre institucionalidad e innovación consecuencia de ideas individuales. Con éste diagnóstico, García Escudero acertó plenamente en el mismo dintel de la Etapa histórica llamada *transición* —cuando en la historia resulta absolutamente imposible que se de tal figura de cambio histórico; no en cambio, en análisis de evolución biológica— que yo denominó, más bien, *interregno*.

El pensamiento historiográfico de García Escudero se expresó perfectamente en el escepticismo, fundado en la experiencia del pasado; la esperanza la basaba en la realidad del momento histórico 1975/76: nunca España había tenido mayores posibilidades de convivencia; la prudencia del gran historiador sustentó la esperanza y adjetivó el escepticismo. En aquel momento se abría la gran esperanza de España: si antes "había sido imposible la paz", ahora era posible la convivencia democrática; lo que antes era un sueño, ahora podía ser realidad. La *Historia política de las dos Españas*, es una obra histórica de colosal importancia. Es, ante todo, una historia política, es decir, se refiere a la convivencia y de modo particular a la organización de la convivencia. García Escudero demuestra que puede hacerse historia política, sin compromisos sociológicos o ideológicos. Demuestra también que puede hacerse historia política contemporánea, si se conectan las concepciones de *realidad* —la historia tal como ha ocurrido—

con la de *verdad* historiográfica, que son las que aporta, en virtud de su investigación, el historiador. Demuestra que la historia contemporánea hay que concebirla como la culminación de un discurso o proceso histórico, en el que puedan apreciarse las dos instancias históricas constitutivas de la realidad: continuidad/discontinuidad; intensidad/distensión; experiencia/posibilidad; intencionalidad/pasividad; racionalidad/irracionalidad.

García Escudero sigue esta compleja serie bifocalmente en los procesos de la historia contemporánea española, hasta la muerte del general Franco en 1975. Se hace la historia de "un pueblo partido en dos, en el que cada mitad, pide incesantemente controversia y, cuando la obtiene, la utiliza para injuriar a la otra mitad". Decía el gran maestro de la escuela francesa Lucien Febvre, que "no hay historia; hay historiadores" y del gran libro de García Escudero, podemos inferir que gran verdad es esta, ajustada a las nobles normas historiográficas nacidas en el Renacimiento humanista: conexión desapasionada entre la realidad vivida y la descrita; la verdad de lo visto y vivido; la conformidad del relato con los procesos del pasado y, en fin, la verdad histórica como comprensión de las circunstancias individuales de los hechos.

Con todas estas ideas y materiales, García Escudero ha construido una *Historia política de las dos Españas*, absolutamente fundamental y decisiva. Solo a través de ésta Historia es posible comprender la realidad histórica, sobre la que tanto se ha escrito, si bien con falta de los ingredientes históricos manejados por García Escudero con probidad científica y moral de alto rango. Consciente –y paciente– de la extrema dificultad que supone construir historia política contemporánea, de una Nación dividida por el sentimiento trágico de la vida, quiero expresar en éste Perfil, mi admiración sin límites hacia el gran historiador que es José María García Escudero, que ha sabido cristalizar en éste libro la mejor historia política de la España contemporánea. Y mi mayor respeto intelectual por su inteligencia, sabiduría y prudencia.